

Volumen 1

Miquel Batllori: De l'Edat Mitjana

JOAN M. RIBERA LLOPIS

(UCM)

Doble responsabilidad la de encarar estas líneas: por haber de inaugurar el presente homenaje al maestro P. Miquel Batllori, S. I., al cruzar el umbral del universo de su *Obra completa* tratando acerca de su volumen primero; también y además, por la competencia de quien firmará ese tránsito. Compone aquel una esfera riquísima de clásicos catalanes re-visitados, de documentos descubiertos y de puntos de vista afilados, y es el perfil de éste último el de quien, guiado fascinadamente por ciertos escritores, textos y componentes del espectro medieval —Perellós, *Jacob Xalabín*, *Valter i Griselda*, la cultura del viaje...—, no alcanza cotas de estricto medievalista. Sin embargo es así, con esos frágiles pertrechos, como nos adentramos en el volumen que reza por título *De l'Edat Mitjana*. Cierro que otros tomos habrá en la serie que ahora empezamos a recorrer que atenderán monográficamente a los asuntos y nombres medievales sobre los que M. Batllori ha indagado puntual y constantemente (vols. II-IV sobre R. Llull, A. de Vilanova y la familia Borja). Aquí nos encontramos ante una miscelánea de estudios de medievalística que se reorganizan temáticamente en cinco capítulos esenciales —a propósito de la cultura catalano-aragonesa escrita e histórico-política y religiosa; sobre el espacio mediterráneo entre los siglos XIII-XIV y su incidencia en tres clásicos catalanes (Llull, Vilanova, Muntaner); acerca de la incidencia cismática en la cultura y sociedad catalano-aragonesa, de la identidad intelectual valenciana medieval y de las fuentes manuscritas catalanas radicadas en Italia)—, más otros dos capítulos que tienen la función, el primero, de darnos a conocer al Batllori *orientador* que ordena y propone información bibliográfica, y, el segundo, de presentarnos como *reseñista* al maestro que de alguna manera ha de ser ahora *reseñado*.

Amplio compendio, por tanto, de anchos horizontes que, si de una parte evita situarnos frontalmente ante un único nombre, obra o asunto mayúsculos que evidenciarían rápidamente nuestras limitaciones, nos obliga por otra a una larga navegación en la que corremos el riesgo de destacar como únicos puertos de cabotaje aquellos donde recalaríamos llevados por nuestros personales intereses en el comercio cultural y literario. Por eso, destaquemos de antemano, como paso previo al establecimiento de nuestra carta de viaje por este libro, alguna cuestión en cuanto a la presentación y al método que la formulan: los trabajos han sido actualizados y revisados por su autor, afirmándose que el avance

de las investigaciones y el empleo de modernas técnicas de estudio han permitido mejorarlos, teniendo además presente que el estudioso ha trabajado sobre esas materias entre fechas tan distanciadas como, en un caso, 1928-1932 y 1991 (pp. 461,463). Metodológicamente, la perspectiva de estudio se asienta en las coordenadas de la historia de la cultura y atiende al trabajo filológico. No sólo actuando sobre manuscritos y ejecutando su transcripción (cap. 5, acerca de los mss. cats. ubicados en Italia) sino estableciendo apreciaciones de orden histórico-lingüístico: por ejemplo, a propósito de los testimonios de lengua hablada y de lengua literaria en los sermones de S. Vicent Ferrer, de la impronta dialectal y popular de ciertos documentos mallorquines de los siglos XIV-XV o del reflejo de esos registros populares en otro escrito del siglo XV que se justifica mediante un cuidado aparato lingüístico-crítico (pp. 93, 190-192, 217-239). Cuando el estudio en cuestión se abre hacia horizontes más ampliamente interpretativos y de recomposición histórica, los textos siempre cumplen con una confesión del autor que a modo de premisa, aparece muy bien situada hacia el inicio del libro: «... sempre m'ha agradat de tractar la història de la cultura medieval, així com la de la cultura general espanyola dels temps moderns, en la seva relació amb la cultura d'Europa» (p. 19). Reflectiva o refractariamente, afirma, las corrientes culturales siempre habrán de contemplarse —entre lo catalán y lo europeo—, componentes de una unidad cultural sin que ello suponga uniformidad (p. 100). M. Batllori cumple una y otra vez con ese planteamiento y dice hacerlo marcado por su propia trayectoria biográfica (p. 99). Ilumina de este modo los juicios que de él vamos aprendiendo y él mismo encuentra un más completo engranaje para su maquinaria interpretativa: responde así a la valoración que del estudioso hiciera su maestro Jordi Rubió i Balaguer en un prólogo de 1958 respetado como encabezamiento de este volumen, donde ya se nos advertiera que M. Batllori «... és mestre a descobrir-ne els ressorts de màxima eficàcia...»(VII) que, desde las más diversas fuerzas operan sobre un hecho o una actuación particular. El estudioso, de este modo, sabe cumplir con lo que alaba a uno de sus reseñados: «Hay que señalar la meritoria búsqueda del autor, entre un número bien escaso de documentos seguros, para detectar y dibujar un buen número de *varones ilustres*» (p. 398). De esta manera, M. Batllori —acatando con cautela y que siempre pueden quedar interrogantes abiertos (por ej. p. 31), lo cual no ha de eliminar el derecho a la cuidada conjetura o suposición (por ej. p. 87)— nos muestra, con indagante naturaleza humanista, la eficacia, aún, de una metodología que por asentarse en la tradición algunos desdeñarían como obsoleta. Por el contrario, es con ese perfil intelectual como, sin necesidad de aspaviento ninguno, su discurso actualizado por él mismo hasta el momento de preparación del volumen, se adelanta a etiquetas después tan manidas académicamente como aquella de los *estudios interdisciplinares*. De qué otra manera podrían ser si no los trabajos que han de componer la historia de la cultura. Qué formación cabe pedir, eso sí, a quien vaya a emprenderlos: sin duda alguna, la de fibra humanísticamente universalizante que forja el tipo de intelectual que representa M. Batllori.

Desde esa escuela y con su talento, bajo las pautas que conforman lo uno y lo otro, M. Batllori ordena el material que le propicia su vasta labor investigadora, nutriendo un magma discursivo que avanza enriquecedoramente: a quienes nos situamos en los campos de la catalanística y de la romanística, ampliando

conciliadora o contrastivamente el horizonte de lo conocido o intuido por nuestra parte, también en muchas ocasiones desvelándonos presencias *menores* que desde ese momento nos ilustrarán ejemplarmente ángulos antes oscuros de una compartida historia cultural; a quienes se acerquen a su obra desde otras áreas —en especial a esos hispanistas que siempre se justifican en su desconocimiento de lo *catalán*, diciendo no tener a su alcance utensilios críticos de acercamiento—, M. Batllori les ofrece lo que calificaríamos de *manual de urgencia* sobre cultura catalana, sus corrientes y sus figuras (cap. y apartado 6-1, pp. 269-346), notificación razonada desde la que podrán acceder a los otros estudios del volumen. Unos y otros receptores de su obra podremos hacer una equivalente lectura que a todos nos ha de resultar esclarecedora.

Quien suscribe estas líneas se afirmará una vez más, y no por falsa modestia, en su falta de competencia para la presente labor confiadamente encomendada por la Dra. J. Butiñá. Y esto último aunque, a su vez, pueda confesar el contento que supone haber profundizado en una propuesta de M. Batllori —atender a la *Crònica* de Ramon Muntaner como «guía de viatge» (pp. 48-50)—, incluso haber detectado una conexión que el maestro pudiera haber intuido —¿habrá reseñado una edición de los textos de Giraldu Cambrensis sobre la primitiva Irlanda (p. 457) sin pensar en su incidencia sobre la relación de Ramon de Perellós acerca de la ancestral Hibernia?—. Con todo, entre el recelo que aún se deriva de lo primero y la satisfacción que, sin vanidad alguna, fermenta lo segundo, nos atreveremos a pasar por algunos de los muchos puntos de interés que se han descubierto en el presente volumen de M. Batllori. Aquellos que, a modo de remansos, calas o refugios de paso por las orillas de la escritura, han marcado nuestro periplo por las densas aguas de sus páginas. Se trata de dejar condensadamente sobre el papel una factible ruta de lectura que pudiera incentivar otras tantas o contrastarse por éstas. Una invitación a la lectura, en cualquier caso y sin ánimo de propiciar un índice excluyente de todo el resto.

Volumen empapado de mediterraneidad —mediante indicios como los ya advertidos en Llull, Vilanova o Muntaner (cap. 2), aquellos que revelan la divulgación itálica de Vilanova y la constatación italiana de manuscritos catalanes durante mucho tiempo ignorados (pp. 84,145-186), o los que marcan la experiencia mediterránea de la familia de los Borja (pp. 103-105)—, desde la luz de ese mar que es encrucijada cultural se enfocan no pocos recovecos de los tópicos culturales: la connatural relación catalana y también castellana con el mundo musulmán (p.29) puede ayudar a entender que en Llull —encrucijada por sí mismo entre lo cristiano, lo musulmán y lo hebraico—, lo que se planteara como «il.luminació», no fuera si no «aclariment intel.lectual» (p.40); también ayuda a mantener que por la fibra dialéctica de *Lo somni* de Metge corra «... un dubte [...] de probable origen averroista» (p. 54); o que Vilanova sea un provechoso vehículo intercultural en aquel espacio trimembre (pp. 44,77-79). Y no puede sorprender que en ese ámbito se impulsara el proyecto del Humanismo con su propuesta de «alliberament» (pp. 54-55) —lo que se afirmará sin dejar de pasar por la delimitación de esa categoría histórica (pp. 333-334)—, mientras en su entorno se urde una densa red espiritualista y entre la cual nos deslumbra la consideración de Eiximenis como «... un pre-renaixentista polític, al marge del pre-humanisme» (pp. 57-58). Fruto intelectual éste último, se nos añade, de una

Valencia emergente. Ciudad y área cultural que atraen a M. Batllori, quien le dedica todo un capítulo según lo dicho; realidad histórico-cultural que le hace acordar que, donde hay que tener presente la unidad catalana, no cabe implantar una visión uniformadora: sin caer en raquíticos localismos, habrá de reconocer el perfil de cada uno de los ámbitos internos (p. 100).

El conjunto de estudios medievales de M. Batllori nos advierte una y varias veces de la proyección medieval sobre la inmediata cultura moderna (por ej. pp. 79-80, 82...); nos hace volver sobre el mapa universitario medieval catalán o de incidencia sobre la cultura catalana para acabar por situarnos en la frontera de 1500 (pp. 76-77); nos hace avanzar «... per salts» del medioevo al erasmismo y al periodo ilustrado (pp. 108-114), con una tremenda rentabilidad didáctica. El discurso del autor va y viene muchas veces, sobre los avances y retrocesos del lulismo (por ej. pp. 30, 44, 55, 58, 83, 85...); y entre medias, sabe detenerse en el detalle de la configuración de Lull como «màrtir», merced a la interpretación —¿manipulación?— hagiográfica de la *Vida coetània*. Advierte sobre la carencia de estudios de la religiosidad catalano-aragonesa en tiempos del Cisma (p. 60), habiéndose detenido él en la aclaración del perfil de Ferrer al que hace mirarse en el espejo posterior de Savonarola (p. 57), al tiempo que después atenderá detenidamente a la configuración popular del santo predicador (pp. 115-142). Nos seduce esa capacidad de saber diseñar o esculpir la figura secular contra el fresco sabio y meticuloso. Variadas son, así pues, las artes del autor de este compendio. Se ha hablado en muchas ocasiones de la voluntad orientadora de la obra de M. Batllori y de su capacidad expositivo-sintetizadora. También se hace en este volumen (*Nota editorial*, p. 459). Lo cierto es que, si es verdad que logra lo uno y lo otro, lo hace sin desdeñar ni el dato ni el detalle que asienten su razonamiento. Muy al contrario, informa en profundidad gracias a la rica constatación de su discurso que no desatiende el material documental y bibliográfico. Si finalmente su obra resulta especialmente esclarecedora, nada abotargada en la rica red de su entramado, es por cuestión de método. También de escritura, de estilo, habrá que añadir. Si en el tratado médico cuatrocentista por él editado según mención anterior, se nos informa de «... la medecina o remey» que se empleará para curar «a macula dulls» (pp. 239, 240), aquél que logrará que, sabiamente ejecutado, «... aço descueix e desfa tota macula de vll» (p. 257) hasta devolvernos la vista, investigación y ensayismo batlloriano no son menos adecuados *remedios* para iluminar el medioevo catalán y europeo mediante el diseño de un sólido entramado común.